

3

❖ LA HISTORIA ❖

3.1 ANDREA, TENEMOS UN PROBLEMA

Andrea Mir se había sentido siempre una persona capaz de asumir cualquier tipo de reto profesional o personal. Siempre. Había afrontado cada proyecto de su vida con decisión, seguridad y templanza. Lo había hecho al tener que concebir a su única hija *in vitro* en 7 intentos a lo largo de 3 duros años. También a la hora de recorrer más de medio mundo con su marido durante los últimos 25 años, por tierra y por mar, buceando incluso con tiburones tigre de 5 metros en libertad. Lo hizo cuando decidió estudiar Ingeniería de Telecomunicaciones y fue una de las únicas 6 mujeres en una clase de 120 personas. Y, por supuesto, cuando había decidido, hacía ya 10 años, crear su propia empresa, dando un giro radical a su carrera profesional, buscando su independencia y su propia manera de crear y hacer, llevando a cabo con éxito su primer gran proyecto, consistente en la completa renovación del modelo comercial de una reconocida marca de automoción.

Sin embargo, sabía que este nuevo desafío iba a poner a prueba su determinación. Pero tenía que aceptarlo y darle forma. Su hermana mayor, Cristina, se lo había pedido en la última celebración familiar, ese último domingo de mayo, de un modo algo inesperado mientras estaban todos en la tertulia de sobremesa:

–Andrea, ¿me acompañas al jardín? Tengo que contarte un cotilleo y... ¡me apetece fumarme un cigarrito en un día tan especial!

–¿Pero tú no habías dejado de fumar? –respondió Andrea, algo extrañada con la propuesta en conjunto.

–Pues sí, ¡pero una no cumple 60 años cada día, qué vértigo! Y tengo muchas ganas de estar con mi hermanita pequeña, que eres muy cara de ver, hija, ¡viajas tanto!

–Vaaaale, vale..., aunque no sé bien cómo hemos pasado en un segundo de que quieras charlar conmigo a que me reproches viajar tanto, ¡jajaja!

Cristina apretó los labios con expresión recriminatoria-cariñosa sin dejar de mirar a su adorada y única hermana y señalándole a la vez con el dedo índice y el brazo extendido el camino al jardín. Andrea, sin más, se levantó de la mesa, cogió su jersey y, obedeciendo la orden de su hermana mayor, salió por delante de ella.

Ya en el césped, con un radiante sol de primavera, Cristina alcanzó a Andrea, encendió su Marlboro light y empezó a andar en dirección a la piscina, alejándose de la puerta de acceso al jardín, jardín que ella misma había diseñado hasta el último detalle, como gran arquitecta de exteriores que era. Andrea la siguió:

–¿Qué es ese cotilleo tan importante que me tienes que contar? ¿Y a qué viene eso del cigarrito si tú ya no fumas?... Te noto rara, la verdad... ¿Qué ocurre, Cristina?

–Perdona, cariño, no quería asustarte... Tiene que ver con Javier, necesito pedirte un favor.

Javier era el mayor de los 3 hijos de Cristina. Si ella acababa de cumplir sus 60, él cumpliría sus 30 en septiembre. Y, aunque al nacer el primogénito Andrea tenía solo 18 años, Cristina no había dudado ni un segundo en hacer a Andrea madrina de su hijo. Cristina siempre había pensado que su hermanita pequeña tenía la cabeza muy bien puesta sobre los hombros.

Por lo demás, ambos, Andrea y Javier, simplemente se adoraban, se tenían verdadera devoción. Andrea le había visto crecer y le había

dedicado millones de horas de atención, canguros, risas, cuidados, juegos y provocaciones. Le sentía como a un segundo hijo. Y él la tenía a ella por una segunda madre, que siempre le había intentado enseñar a disfrutar aprendiendo cosas nuevas, aunque a él los cambios no le fueran en exceso.

Javier era un extraordinario estudiante que se había titulado en Ingeniería Industrial y en Ciencias Económicas con 25 años. Al acabar sus estudios, se había incorporado de inmediato como Product Manager Junior a la casa matriz de una conocida y prestigiosa marca de automoción (su gran pasión) que buscaba sangre nueva y poderosa, verdadero nuevo talento para sus equipos. Al cabo de solo 3 años, tiempo durante el cual había sido capaz de compaginar su vida personal y profesional con un MBA a distancia en una reconocida escuela de negocios inglesa, había sido convocado y superado con éxito el *assessment* para adquirir la categoría de directivo senior en la organización y convertirse en el nuevo y flamante Director de Marketing y Producto de la marca.

Dos años más de éxitos al frente de Marketing y Producto habían llevado al Director General de la marca a anunciarle oficialmente que le veía como sucesor en 4 años más, momento en que finalizaría su contrato vigente como Director General en España y volvería a su país de origen. Pero que, para sucederle, Javier necesitaba realizar, de forma exprés, todo un complejo proceso de aprendizaje y, sobre todo, adquirir experiencia en Ventas. Él, siempre entregado a la organización, había aceptado el reto, pero en lugar de aceptar la solución fácil y directa de un puesto como Delegado de Ventas de Zona de la casa matriz, había pedido aprender de ventas desde la base, para conocer y analizar en profundidad el negocio: como Vendedor de vehículos en una Concesión. Al menos durante un año. Le apasionaban los coches y podría vivir en carne propia lo que significaba vender los vehículos de la marca a los Clientes. Contacto directo con la Red y contacto directo con los Clientes. Baño de realidad. En su constante proceso analítico, esta se le presentaba como una opción imprescindible en su carrera. Y a su Director General le había parecido también una excelente idea.

–¿Con Javier? Pues vigila tú la puerta, que yo no la veo, por si viene a buscarnos; nos ha seguido fijamente con la mirada cuando salíamos. Soy toda oídos, cuéntame.

–Bueno, creo que está pasando un momento profesional muy complicado y me parece que eres la única persona que puede ayudarle.

–Vaya, no lo sabía, no me ha contado nada, qué raro... Hablé con él este mismo viernes para el tema de tu regalo... Le pregunté por el trabajo y me dijo que estaba contento en su nuevo puesto, con los compañeros... No percibí nada extraño, la verdad. Aunque él nunca es muy efusivo con nada, ya lo sabemos.

–Ya, precisamente... En otras ocasiones en las que se ha tenido que enfrentar a situaciones complejas, le he visto más sereno, más seguro de sí mismo, con un plan claro, él siempre lo planifica y lo analiza todo, ya sabes... Pero esta vez se ha encerrado en sí mismo, no habla con nadie, le está cambiando el humor, está todo el día cabizbajo, abstraído y con una expresión entre triste y malhumorada con todo y con todos todo el día... Hasta ha dejado de hacer deporte...

–Caramba... Y, en tu opinión, ¿qué es lo que le pasa?

–Bueno, exactamente no lo sé, claro... Cada día llega a casa y se encierra en su habitación. Sale a cenar y se vuelve a encerrar. Y eso que le he preguntado muy suavemente si le apetecía hablar o comentarme algo... Pero bueno, lo que sí sé es que Laurita y él lo han dejado, al menos temporalmente... Y eso ya me ha disparado todas las alarmas...

–Quéeee, ¿nuestra Laurita? ¿Laurita, su novia desde la ESO? ¿La más brillante, inteligente, simpática, generosa y guapa mujer del mundo? ¿Pero no estaban buscando piso para irse a vivir juntos? No doy crédito, la verdad... ¿Qué ha ocurrido, qué sabes?... ¿Y cómo te has enterado?

–Bueno, él no me había contado nada, imagina. Fue ella la que me llamó el lunes pasado entre lloros para decirme que justamente por eso no iba a venir a la celebración de mi 60 cumpleaños, porque lo habían dejado, y que él me iba a dar una excusa simple para disculpar su ausencia porque no quería preocuparme en un día tan especial para

mí... y no quería ser él el protagonista y la diana de todos los comentarios e interrogatorios en la celebración... Pobrecita, no dejaba de decirme que sentía muchísimo la llamada y darme el disgusto antes de la celebración, que para ella somos y seremos siempre parte de su familia, pero que quería que supiera que estaba muy preocupada por Javier, que estaba pasándolo muy mal en su nuevo trabajo y que además le estaba cambiando y que esa era la causa de su separación temporal. Al parecer, él le ha pedido tiempo para poder resolver sus problemas, porque, según le dijo, en estos momentos no puede ocuparse de nada más. Y que, según ella, él no quiere hablar de ello con nadie.

-Caramba -dijo Andrea, sumida en sus pensamientos, intentando imaginar qué podría estar pasando-... Muy grande le debe de parecer el problema que tiene, desde luego. Y entonces, ¿qué has pensado, qué me quieres pedir?

-No he pensado nada concreto, cariño, simplemente necesito tu ayuda. No sé bien cómo intervenir. Ni siquiera si debo. Él ya es un adulto y todos sabemos que es una persona cabal e inteligente. Sabes que siempre he sido y seré una madre profundamente respetuosa con su vida y sus decisiones, pero no puedo evitar que todo esto me preocupe. Quizá contigo sí quiera hablar. Te adora. Confía en ti. Y te admira de verdad. Sabes que para él siempre has sido una referencia en su vida. Además, tú eres consultora y formadora especializada justamente en ventas, ¿no?

-Precisamente... Si en efecto el problema tiene que ver con su nuevo trabajo en la Concesión y no ha hablado ya conmigo habiendo tenido la oportunidad..., es probable que lo quiera hacer. Le da miedo, o vergüenza, o lo que sea... por alguna razón que por ahora se nos escapa...

-¿Y qué se te ocurre? ¿Crees que debemos dejarlo correr sin más y que él lo resuelva solo?

-Bueno, desde luego solo él lo puede y debe resolver. Y si él no ha acudido a nosotros a hablar, no creo que debamos abordarle a bocajarro para que nos cuente qué ocurre, no creo que funcione. Si él lo ha decidido así, creo que deberíamos respetarle. Además, tu hijo es muy orgulloso. No sé a quién habrá salido... -dijo Andrea con una mirada

burlona a su hermana, pero sin perder ni un ápice de implicación en el tema.

Cristina adoraba la capacidad de Andrea de encontrar una broma sutil, hasta en las situaciones más complicadas. Le dio un empujón cariñoso a su hermana y le pasó después el brazo por encima del hombro, acercando su cabeza a la de ella.

Solo por el hecho de habérselo contado todo, Cristina ya se sentía algo más tranquila, más confiada en que podrían ayudar de alguna manera a Javier.

–Se me está ocurriendo algo. Es un poco lioso, pero podría funcionar... Solo te pido una cosa: que confíes plenamente en mí y no pongas objeciones a mi propuesta. ¿Aceptas? –le planteó Andrea a Cristina.

–Por supuesto, ¿cómo podría negarme?

–Ok, repítelo, por favor, que te voy a grabar para que cuando incumplas tu palabra pueda recordártela.

–Jajaja, caray, ¿tan malo es?

–No, a mí no me parece malo en absoluto. Pero todos sabemos lo cagada que eres y la aprensión que te da todo lo que implica un mínimo riesgo. Y sobre todo si se trata de tus hijos.

–Y no me lo vas a contar ahora, claro...

–No, no es el momento. Antes debo asegurarme de que es viable.

Tras lo cual Cristina le dio un beso en la mejilla a su hermana, apagó contra una piedra el cigarrillo que ni siquiera había probado y, con la colilla en la mano, volvieron hacia el comedor de su casa.